

# Cuando los hombres firmaban las redondillas con sangre

En vísperas de la Guerra Necesaria, José Martí confió un importante proyecto literario al general Serafín Sánchez, el hombre que unas veces narraba con angustia y otras “como si ya estuviera a caballo”



JUAN ANTONIO BORREGO

Cuando trabajaba de manera febril en los preparativos de la que sería su tercera guerra, presumiblemente en agosto de 1893, el general espirituario Serafín Sánchez recibió un inesperado encargo de José Martí: compilar en un libro la poesía que se recitaba en los campos de batalla y escribir la biografía de varios de sus compañeros caídos en la contienda del 68.

A pesar de su innegable sensibilidad, Serafín no sobresalía por sus dotes literarias; sin embargo, tenía lo que les faltaba a otros escritores de puntería: había guerreado y compartido los rigores de la campaña durante una década, condición que le allanaba el camino para armar una propuesta creíble y cautivadora, algo que a todas luces adivinó su jefe y amigo José Martí.

Él, que había escuchado al Paladín espirituario contar muchas de aquellas historias, incluso en medio del ajetreo político que vivía en los Estados Unidos, no vaciló en encargarle el proyecto, seguir el proceso de edición y hasta opinar sobre las biografías que paulatinamente el autor le hacía llegar.

“El robusto recitador, sentado como estaba, decía como de lejos, o como de arriba, o como si estuviese en pie. Las mujeres, calladas de pronto, acercaron sus sillas, y oían fluir los versos. El respeto llenaba aquella sombra. “¿Por qué, dijo uno, no publicaremos todo eso, antes de que se pierda; antes de que caigan tal vez los hombres que lo recuerdan todavía?”, escribiría Martí en el prólogo de *Los poetas de la guerra*, la colección imprescindible que él solicitara al espirituario, cuando ya los dos andaban con el pie en el estribo pensando más en la campaña del 95 que en los tiempos pasados.

Aquel “robusto recitador”, combatiente del 68 en Las Villas y el Camagüey, había aprendido de memoria los versos declamados por los propios poetas “en los días en que los hombres firmaban las redondillas con su sangre”.

“Allí están nuestros gemidos, y nuestra altivez, y nuestros albores —escribió Martí—: allí Miguel Jerónimo Gutiérrez y José Joaquín Palma, y ‘El Hijo del Damuji’ y Luis Victoriano Betancourt, y Ramón Roa y Francisco La Rúa: allí lo más popular y sentido de la poesía escrita de nuestros diez años. Cada poesía lleva su historia. De aquellos tiempos, nada se ha de perder. Este es libro del corazón, que va a ser muy amado”.

*Héroes humildes* (1894) es la historia de seis combatientes contada por el propio Serafín y una biografía suya escrita por Gonzalo de Quesada, al parecer por indicaciones de

Martí, una obra raramente conservada en alguna que otra biblioteca que cualquiera de nuestras editoriales debiera reditar y poner al alcance de los cubanos de hoy.

Contraria a otras de aquella etapa, esta no es la visión pesimista o apocalíptica de la Guerra Grande, sino la mirada enaltecedora del espíritu patriótico de quienes se estaban preparando para ingresar al campo de batalla, al decir del historiador Luis F. del Moral, “la crónica más bella de la década sangrienta”.

De no haberse publicado en 1894, muy poco o nada se sabría a estas alturas sobre Ramón Huerta, el aragonés que no vaciló en pasarse a las filas mambisas; Manuel Rodríguez, La Brujita, el sastre bravo, camagüeyano de origen y espirituario por adopción, que no titubeó cuando el cólera diezmo en cuestión de horas a las tropas mambisas en Los Guanales y su jefe pidió voluntarios para atender a los enfermos; o José Antonio Legón, el negro fiel que cayó vísperas del Zanjón.

Allí se revelan también las vidas sin reposo de Jesús Creso, comandante a los 28 años; Francisco Lufriu y Arregui y el milagro de sobrevivir solo y herido en la manigua; y Rafael Río-Entero, amigo y compañero fiel, quien, según Serafín Sánchez, lo mismo en la Revolución que después de ella fue el hombre “que mejor supo sentir en su corazón el afecto del mío”.

En ocasión del aniversario 150 del inicio de nuestras guerras por la independencia, no está demás releer estas páginas humildísimas que hoy conmueven no solo por la grandeza de sus protagonistas, sino también por la dedicación, la generosidad y la calidad humana de su autor.

Como si quisiera agradecer por adelantado los servicios del espirituario, el 19 de agosto de 1893 José Martí dejaría constancia en *Patria* del paso de Serafín Sánchez por Nueva York, en una semblanza muy breve, pero reveladora de la amistad que habían fraguado ambos luchadores:

“Rodeado de cariños y atenciones ha pasado algunos días en Nueva York uno de los hombres extraordinarios que en la guerra supieron resplandecer como héroes, y en la tregua estudian y practican la libertad, doblados sobre la mesa dura del trabajo —escribió Martí—. El General Serafín Sánchez vino a lo que tenía que hacer, y ha vuelto al Cayo. La noche antes de su partida, sentado junto a la mar bajo estos árboles prestados del destierro, narraba, con angustia unas veces, y otras como si ya estuviera otra vez a caballo, los sucesos de la guerra: ya pintaba un combate, ya recordaba una heroicidad, ya decía los versos de Palma y de Jerónimo Gutiérrez. Las mujeres lo oían sin llorar, como envidiosas. Los hombres, canosos o jóvenes, callaban, como prometiendo. El General Serafín Sánchez es digno del amor de los cubanos por el valor que ha empleado en su servicio, por la dignidad con que vive en el destierro del trabajo de sus manos, y por la pasión republicana que le dirige el brazo heroico. He ahí a un buen ciudadano”.

# Ramon Huerta:



SERAFÍN SÁNCHEZ VALDIVIA

**H**ACE tiempo contraí un compromiso, para mí sagrado, que quiero cumplir, y fué el de escribir sobre la vida y hechos militares de algunos hombres de la revolución de Yara, de aquéllos que habiendo surgido de la obscuridad humilde no andan muy en boca de la generación actual, que, equivocando a veces el concepto de la justicia, que manda dar a cada uno lo que le corresponde, y confundiendo así el mérito verdadero del diamante con el oropel que deslumbra a las multitudes idólatras de lo superficial y aparatoso, ve fascinada y reverente cómo se quema incienso a los falsos dioses que la pasión ha idealizado, y ha consagrado la ignorancia. Deseo cumplir ese que tengo por deber desde el día en que ofrecí a mis buenos compatriotas y amigos, señores José Martí y Gonzalo de Quesada, que relataría algo a propósito de los hechos que realzan la vida heroica de ciertos hombres que a mi lado vivieron, combatieron y murieron por dignificar el concepto de la patria libre, único que cabe en la conciencia honrada de los pueblos que como el de Cuba sufren de la injuria de una dominación extraña que lo explota, lo arruina y lo envilece; pero la obligación viene a ser más sagrada aún, por la conveniencia y necesidad de evocar el recuerdo de esos hijos de la Revolución, y de ponerlos donde se les vea de relieve, para que la gratitud de nuestro pueblo los lleve hasta la Historia como ejemplo y enseñanza de lo que valen el valor y la virtud republicanas puestos al servicio de las grandes ideas de libertad y concordia por los hombres, sea cualquiera su origen o cuna, siempre que se sientan capaces de engrandecerse por el esfuerzo y el sacrificio.

Por lo pronto, y en primer término, colocaré el nombre de tres que me fueron familiarmente conocidos en la Revolución: Ramón Huerta, José Antonio Legón y Manuel Rodríguez (a) La Brujita. Ramón Huerta nació en Aragón, España, y fue soldado; estuvo en la guerra de África en 1859 y luego vino a Cuba. En Cuba, al romper la Revolución de Yara, lo halló en la cárcel de Puerto Príncipe. Había sido sargento, y no sé en detalles por qué acto personal de dignidad altiva fue juzgado y condenado a la pena de degradación y encierro temporal. Había chocado con un subteniente que pertenecía a su mismo cuerpo, y la disciplina militar, que las más de las veces nada tiene que hacer con la justicia, lo condenó irremisiblemente a las penas citadas. Huerta fue siempre persona de virtud ejemplar, y el subteniente que provocó su justa ira era un truhán petulante, de esos que a granel se encuentran en los cuarteles, y en todas partes. Pero el sargento había reñido con el subteniente, y el Código Militar cayó sobre él, conforme al uso de todos los tiempos: el sargento fue a la cárcel. Mas la cárcel ahora, y antes el cuartel, no lograron deformar aquella alma diáfana y pura, que pasó inmaculada por esos sombríos lugares de la abyección y del crimen, y salió de ellos dignificada por la conciencia: a bien que no cabía merma ni mordedura en aquel corazón generoso, modesto y bravo.

De la cárcel, lo arrancaron para incorpo-

rarlo a las filas del batallón del “Orden”, que mandaba el coronel don Francisco de Acosta y Albear. El, Huerta, me contó sus penas y quebrantos de alma en medio de aquella gente desalmada de que se componía el batallón del “Orden”, y su juramento interior y sincero de separarse en la primera oportunidad y para siempre de aquellos “demonios” del presidio y del crimen, como él los llamaba. Cumplió su juramento marchándose desde la ciudad de Sancti Spíritus a la Revolución en marzo de 1869. Se unió, armado de su rifle Remington, a una comisión cubana que recorría la zona de aquella ciudad, y seis días más tarde llegó al Cuartel General de la División de Sancti Spíritus. El general Honorato del Castillo era el jefe de esa División, y acogió a Huerta como correspondía a un hombre que venía voluntariamente a la Revolución y más siendo español y procedente de su ejército de línea. El general le dijo: —“¿Cómo y por qué ha venido usted a mi lado?” —“Me he desertado, general, y he venido a la Revolución por dos motivos: el primero, porque amo la libertad en todas partes, y el segundo, porque oí decir allá en la ciudad de su naturaleza que usted andaba casi solo, y yo me dispuse a acompañarlo en ese caso hasta la muerte”. Tales fueron las sencillas y expresivas palabras de aquel hombre: —verdad que no sabía mentir ni afectar hipócritas alardes de resolución y sentida lealtad a la causa que había elegido. Así hizo su entrada en la Revolución Cubana ese notable hombre de bien, que tanta gloria conquistó en el corto espacio de dos años, sucumbiendo al fin gloriosamente, aislado y solo, llevándose como galardón de sus virtudes y sus hazañas las lágrimas y el luto de la piedad y gratitud de Cuba...

Desde aquel instante el general Castillo le dió de alta en su escolta, porque comprendió con sagaz penetración que tenía delante a todo un hombre. Faltábale, sin embargo, conocer y apreciar el temple del alma y brío guerrero de aquel hombre; pero a los pocos días, en los combates de Las Coloradas, La Yana, Judas el Grande, Santa Gertrudis y El Jobo, pudo ya convencerse de que entre los hombres escogidos y bravos de su escolta había un león por el valor y la nobleza: Ramón Huerta. Seguirlo ahora en su vida de campamento, en sus proezas, en sus audacias temerarias, sería tarea difícil para quien, como el que escribe estas líneas, ha visto, en más de diez años de cruenta lucha por la independencia de su tierra, palidecer el épico libro de la Historia Universal ante la abnegación y el heroísmo pasmoso de los cubanos, del puñado de cubanos que tuvo el arrojo de encararse y desafiar a España, y con España a los cubanos mismos que la servían con armas y dinero, y al mundo olvidadizo y desleal, a quien no logró conmover ni humanizar el reclamo de la justicia decapitada por la barbarie y por la fuerza: bastará decir que Huerta, poco tiempo después de su incorporación a las filas del Ejército Libertador de Cuba, llegó a ser para sus compañeros de armas el hombre-león y para los españoles el hombre-tigre. Y no que fuera sanguinario; muy lejos de eso. Era como el ángel exterminador de la justicia en el combate; y, al cesar la matanza cuerpo a cuerpo, como el ángel, ruborizado por la sangre. El rudo batallar y la sangrienta brega de todo el año de 1870 en Sancti Spíritus, bajo el mando de Payán, Dorado y Villamil, son la crónica de las hazañas de Ramón Huerta. Los espirituarios todos de la guerra, y muchos otros villareños que todavía viven, podrán certificar conmigo esto que escribo aquí como bosquejo de la vida militar y superior de Ramón Huerta. Y para completar en lo posible la semblanza verda-